

—Pero no veis que os van á matar?
—Entonces por qué estás tú?
—Porque aquí soy necesario, pero vos no.

—Quiero estar donde tú estés.

—No, no.

—Sí, hijo mio.

Cimourdain continuó al lado de Gauthier.

Los muertos formaban montones en el piso de la sala baja. Aunque no habian forzado aun la retirada, era evidente que no podian resistir al número. Los sitiadores estaban al descubierto; los sitiados tras de la barricada: diez de los primeros caian por cada uno de los segundos, pero los sitiadores se renovaban y el número de los sitiados disminuía.

Los diez y nueve sitiados se parapetaban tras el reducto, que era el punto atacado; entre ellos habia muertos y heridos; quince combatian aun. Uno de los más feroces, Canta-en-invierno, quedó horrorosamente mutilado. Le habian reventado un ojo y roto una mandíbula; pudo andar y se arrastró hasta la escalera de caracol, y subió á la sala del primer piso con la esperanza de poder rezar allí y morir.

Se recostó en la pared, cerca de la espillera, para respirar el aire puro del exterior.

La matanza junto al reducto era cada vez más horrible. En el intervalo de dos descargas Cimourdain levantó la voz.

—Sitiados, gritó, no os empeñeis en que se derrame más sangre. Estais presos y sin esperanza; rendios. Pensad que somos cuatro mil quinientos contra diez y nueve, es decir, más de doscientos contra uno. Rendios.

—Basta de habladurías! contestó Lantenac.

Veinte balas respondieron á Cimourdain.

La retirada no llegaba hasta la bóveda, lo que les permitia á los sitiados tirar por encima de ella, pero en cambio permitia que los sitiadores la pudiesen asaltar.

—A asaltar la retirada! gritó Gauthier. ¿Hay alguno de buena voluntad que quiera escalar ese reducto?

—Yo, contestó el sargento Radoub.

X.

El sargento Radoub.

Los sitiados tuvieron un momento de asombro. Radoub entró por la

brecha á la cabeza de la columna de ataque con cinco hombres de su batallón de Paris, y de los seis, cuatro habian muerto ya. Luego que dijo ¡yo! se le vió, no avanzar, sino retroceder, y bajando la cabeza, encorvando el cuerpo, casi arastrándose entre las piernas de los combatientes, llegar á la abertura de la brecha y salir por ella. ¿Huía? Semejante hombre no podia huir; ¿qué significaba, pues, aquel movimiento?

Al estar Radoub fuera de la brecha se frotó los ojos, cegados por el humo, para ver más claro, y á la luz de las estrellas examinó la pared de la torre. Momentos despues de este exámen hizo con la cabeza señal de satisfaccion, como diciendo:—“No me habia engañado.”

Observó que la hendidura que produjo la esplosion de la mina subia desde lo alto de la brecha hasta la espillera del primer piso, cuya armadura de barrotes rompió y dislocó la bala de cañón. La red de barrotes rotos colgaba medio arrancada y podia facilitar el paso por la espillera, podia pasar por ella un hombre; pero, ¿cómo subir hasta allí? Por la hendidura de la pared era preciso ser gato para subir; esto precisamente era Radoub. Pertenecia á la raza que Píndaro llama de los “atletas ágiles”. Era soldado viejo y hombre joven; sirvió en la Guardia francesa, pero aun no habia cumplido cuarenta años; era un Hércules ágil.

Dejó el fusil en tierra, se quitó las fornituras, la casaca y la chupa, reservándose nada más las pistolas, que metió en el cinto que le sujetaba el pantalon, y se puso entre los dientes el sable desvainado. Las culatas de las pistolas le sobresalian del cinturon.

Aligerado de estos impedimentos, empezó á subir por las piedras salientes de la hendidura de la pared como por una escalera. Le sirvió de utilidad no llevar zapatos, porque solo podia trepar por donde trepó con los piés descalzos. Se apoyaba con los dedos de los piés en los huecos de las piedras, se izaba con los puños y se afirmaba con las rodillas. La subida era árdua, como una ascension al través de los dientes de una sierra. —Por fortuna, pensaba Radoub, no hay nadie en la sala del primer piso, porque si hubiera no me dejarían escalar la pared.

Necesitaba subir cuarenta piés: á medida que subia, algo molestado por las culatas de las pistolas, la hendidura se iba estrechando y la ascension era más

difícil; el riesgo de la caída aumentaba todo lo que se hundia la profundidad del precipicio.

Llegó por fin al reborde de la espillera; apartó el enrejado roto y desvencijado, y al ver abierto el paso, se irguió, haciendo un esfuerzo poderoso sobre los brazos; apoyó la rodilla en la cornisa del reborde, asíó con una mano un barrote de la derecha y con la otra otro de la izquierda y pudo elevar hasta la mitad del cuerpo ante la espillera, llevando el sable entre los dientes y quedando suspendido de las manos sobre el abismo. Solo le faltaba echar la pierna á la parte de dentro de la espillera para saltar á la sala del primer piso.

En aquel momento se le apareció una cara en el interior de la espillera. Radoub vió de repente delante de él un bulto espantoso; un ojo fuera de su órbita, una mandíbula rota, un rostro ensangrentado, que solo tenia una pupila, y le miraba.

El cuerpo á que pertenecia aquella cara tenia dos manos, las que saliendo de la oscuridad se adelantaron hácia Radoub: una le cogió las dos pistolas á la vez y la otra le arrancó el sable de entre los dientes.

Dejó desarmado á Radoub: sus rodillas se deslizaban sobre el plano inclinado de la cornisa; sus manos crispadas en los barrotes de la espillera bastaban apenas para sostenerle, y bajo de él tenia cuarenta piés de profundidad.

La cara y las manos de que acabamos de hablar pertenecian á Canta-en-invierno. Sofocado éste por el humo que subia de la sala baja, logró entrar en el hueco de la ventana espillera, y el aire exterior le habia reanimado; la frescura de la noche detuvo la evacuacion de sangre y le dió algunas fuerzas. De pronto vió que surgia por el exterior de la espillera el torso de Radoub, el que, con las manos apoyadas en los barrotes, no podia hacer otra cosa que dejarse desarmar ó caer al abismo. Canta-en-invierno, espantoso y sereno, le quitó el sable y las pistolas.

Combate inaudito se trabó allí entre el desarmado y el herido, y parecia que el moribundo habria de ser el vencedor. Una bala era suficiente para lanzar á Radoub en el precipicio.

Por fortuna para Radoub, Canta-en-invierno, que tenia las dos pistolas en una mano, no pudo hacer uso de ellas en seguida y tuvo que servirse del sable, con el que tiró una estocada al hombro

del sargento; pero hiriéndole esta estocada, le salvó.

Radoub, sin armas, pero con toda su fuerza, sin hacer caso de la herida, que no le llegó al hueso, dió al cuerpo rápido empuje hácia adelante y saltó por la espillera hasta el hueco donde se encontraba su enemigo. Canta-en-invierno habia arrojado ya el sable y tenia una pistola en cada mano. Arrodillado como estaba, apuntó á Radoub casi á quemarropa, pero su brazo débil temblaba y no tiró inmediatamente; Radoub se aprovechó de aquella tregua para soltar la carajada.

—Fenómeno, ¿crees meterme miedo con esa catadura? ¡Diablo, cómo te han desfigurado el *coram-vobis!*

Canta-en-invierno seguia apuntándole con una pistola.

Radoub continuó:

—¡Veó que la metralla se ha divertido contigo! Hizo andrajos de tu fisonomia! Vamos, escupe el tiritito, hijo mio.

Salió el tiro, en efecto, y pasó tan cerca de la cabeza de Radoub, que se le llevó la mitad de una oreja. Despues Canta-en-invierno levantó la otra mano armada con la segunda pistola, pero Radoub no le dió tiempo para apuntar.

—Basta con que me hayas dejado sin media oreja; me has herido dos veces, y ahora me toca á mí.

Arrojóse sobre Canta-en-invierno, le desvió el brazo, salió el tiro, que no se sabe dónde dió, y con la otra mano el sargento se apoderó del realista, tirándole con fuerza hercúlea de arriba abajo y de abajo arriba de la mandíbula dislocada.

Canta-en-invierno lanzó un rugido y cayó desmayado en tierra.

Radoub pasó por encima del cuerpo de aquel, dejándole tendido en el hueco de la ventana.

—Ahora que ya sabes mi ultimatum, le dijo, no te muevas; quédate ahí, miserable reptil; ya puedes comprender que no mereces que me detenga á aplastarte. Arrástrate por el suelo ó muérete. Haz lo que puedas y buen viaje.

Despues de dicho lo anterior salió á la sala del primer piso, diciendo entre dientes:

—Está esto muy oscuro.

Canta-en-invierno se agitaba convulsivamente y aullaba agonizando. Radoub se volvió á él, diciéndole:

—Silencio: hazme el favor de callarte, ciudadano inconsciente. Ya ves que no

me meto contigo y que te dejo estar. Tengamos la fiesta en paz.

Con la vista fija en Canta-en-invierno, Radoub continuó hablando:

—¿Qué voy á hacer ahora estando desarmado? Tenia dos tiros que pude aprovechar y tú me los has gastado, animal! ¡Hay aquí un humo infernal que estropea la vista!...

Tocándose la oreja desgarrada, añadió el sargento:

—¿Qué has adelantado, bruto, con haberme privado de media oreja? Es preferible, sin embargo, perder eso á perder otra cosa, que al cabo y al fin la oreja solo sirve de adorno á la cara. Tambien me arañaste un hombro, pero el arañazo es insignificante. Muere en paz, aldeano, que yo te perdono.

Radoub se puso á escuchar: el ruido que salia de la sala baja era espantoso; el combate continuaba cada vez más encarnizado.

—La danza está muy animada por bajo. Cómo aullan ¡viva el rey! Eso sí, revientan noblemente.

Radoub tropezó con el sable que estaba en el suelo. Le recogió y dijo á Canta-en-invierno, que ya no se movia, que quizás estaba muerto:

—Campesino, para lo que queria hacer, mi sable y nada todo es uno. Le recobro por afecto que le profeso, pero necesitaba las pistolas: qué hago ya ahora?...

Adelantóse por la sala á tientas, tratando de ver algo y de orientarse. De pronto, en la penumbra, detrás del pilar del centro, tocó una larga mesa y sobre ella algo que despedia vago brillo.

Tentó lo que habia en la mesa y se encontró con que eran trabucos, pistolas, carabinas, una fila de armas de fuego preparadas con orden y esperando las manos que las habian de usar. Era la reserva del combate que dispusieron los sitiados para la segunda etapa del asalto. Era todo un arsenal.

—Esto es un buffet! exclamó el sargento.

Se arrojó con júbilo sobre las armas y se creyó ya fuerte y formidable.

La puerta de la escalera que comunicaba con los pisos superior é inferior estaba abierta de par en par por el lado de la mesa cargada de armas. Radoub dejó caer el sable, tomó en cada mano una pistola de dos cañones y descargó las dos á la vez desde la puerta en la espiral de la escalera; despues cogió una escopeta y disparó; luego se apoderó de un trabuco atestado de balas y le des-

cargó en la escalera tambien. El trabuco, al vomitar quince balas, pareció un tiro de cañon cargado de metralla. Radoub, entonces, recobrando aliento, gritó desde la escalera con voz tonante:

—Viva Paris!

Apoderándose del segundo trabuco, más grueso que el primero, apuntó á la bóveda tortuosa de la escalera y esperó.

El desórden que los tiros que disparó el sargento introdujo en la sala baja es indescriptible. Golpes imprevistos como ese desorganizan la más fuerte resistencia.

Hicieron blanco dos de las balas de la triple descarga de Radoub; una mató al mayor de los hermanos Pica-en-bosque y la otra á Houzard.

—Están arriba! gritó Lantenac.

Este grito decidió á retirarse á los defensores de la barricada. En menos tiempo no se dispersa una bandada de pájaros; todos se lanzaron escalera arriba, mientras el marqués animaba á los fugitivos, diciéndoles:

—Pronto, de prisa: el valor consiste ahora en escapar. Subamos al segundo piso y allí volveremos á luchar.

Lantenac abandonó la barricada el último.

Este acto de valor le salvó.

Radoub se ocultó en lo alto del primer piso, y con el dedo sobre el gatillo espiaaba el momento en que los fugitivos subiesen por la escalera. Los primeros que aparecieron en una de las vueltas de la espiral recibieron la descarga en el pecho y cayeron como heridos por el rayo. Si el marqués hubiera estado entre ellos tambien hubiese muerto. Antes de que el sargento tuviese tiempo de tomar otra arma pasaron los demás, y Lantenac detrás de todos. Creyendo que la sala del primer piso estaba llena de sitiadores, no se detuvieron en ella, sino que subieron con rapidez á la sala del segundo. Allí estaba la puerta de hierro y la mecha azufrada; allí era preciso capitular ó morir.

Gauvain, tan sorprendido como los sitiados de las detonaciones de la escalera, y sin poder explicarse por dónde le llegaba aquel auxilio, se aprovechó de él. Saltando con los suyos por encima de la barricada, fué persiguiendo á los sitiados hasta el primer piso. Allí encontró á Radoub. El sargento le hizo el saludo militar y le dijo:

—Mi comandante, oidme un momento. Yo soy el autor de esta sorpresa; me acordé de lo que hicisteis en Dol y os he

imitado, pillando al enemigo entre dos fuegos.

—Eres un buen discípulo! exclamó Gauvain sonriendo.

Al pasar algun tiempo en la oscuridad, los ojos se acostumbran á ver en ella, como los de las aves nocturnas. Gauvain observó que Radoub estaba ensangrentado, y le preguntó:

—Estais herido, compañero?...

—No es nada, mi comandante; ¿qué importa tener una oreja más ó menos? Tengo tambien una ligera estocada en un hombro, pero no me dá cuidado. El que rompe un vidrio siempre se corta, pero aquí no hay más sangre que la mia.

Hicieron alto en la sala del primer piso que conquistó Radoub; trajeron un farol; Cimourdain acudió al lado de Gauvain y deliberaron. El caso merecia seria meditacion, porque los sitiadores no estaban en el secreto de los sitiados; por lo tanto ignoraban su carencia de municiones: no sabian que apenas les quedaba pólvora á los defensores de la plaza, y como el segundo piso era su último atrincheramiento, los sitiadores tenian motivo para creer que hubiesen minado la escalera.

Lo que sabian de cierto era que los enemigos no podian escaparse. Los que no habian muerto los tenian allí como bajo llave. Lantenac estaba cogido en la ratonera.

Poseyendo esta certidumbre, valia la pena de tomarse tiempo para buscar á la situación el mejor desenlace posible, adoptando los medios para perder pocos hombres en el último asalto. Debia ser grande el riesgo de este supremo ataque, porque habia que sostener y sufrir fuego nutrido.

El combate se interrumpió. Los sitiadores, dueños del piso bajo y del primero, esperaban para continuarlo las órdenes del jefe. Gauvain y Cimourdain celebraban consejo y Radoub asistia en silencio á sus deliberaciones.

Al cabo de un rato se aventuró á hacer otro saludo militar y dijo con voz tímida:

—Mi comandante!

—Qué quereis, Radoub?

—¿Tengo derecho á una pequeña recompensa?

—Sí. Pedid lo que querais.

—Pues pido subir el primero.

No era posible negarle la peticion. Por otra parte, él lo hubiera hecho tambien sin permiso.

XI.

Los desesperados.

Mientras deliberaban en el primer piso los sitiadores, se fortificaban los sitiados en el segundo. La victoria es un furor y la derrota es una rabia. Los dos pisos iban á chocar con encarnizamiento.

Tener próximo el triunfo embriaga, y á los sitiadores que estaban en la sala baja les embriagaba esta esperanza, que constituiria la mayor de las fuerzas humanas si no existiera la desesperacion, y la desesperacion se apoderaba de los de arriba, la desesperacion tranquila, fria y siniestra.

Al llegar á la sala de refugio, de su último refugio, el primer cuidado de los sitiados fué obstruir la entrada. Cerrar la puerta era inútil; valia más impedir la subida por la escalera. En estos casos, un obstáculo al través del cual se puede ver y pelear vale más que una puerta cerrada. Alumbraba á los sitiados la antorcha que fijó en la pared el Imano, cerca de la mecha azufrada.

Habia en dicha sala uno de esos baúles de encina, gruesos y pesados, que se usaban antes de la invencion de las cómodas; lo arrastraron y lo pusieron de pié á la entrada de la escalera, en la que encajaba sólidamente, tapando el hueco, sin dejar más que un espacio estrecho, cerca de la bóveda, por el que podia pasar un hombre: excelente posicion para ir matando uno á uno á los que intentasen subir. Era, pues, dudoso que hubiese quien se arriesgase á ello.

Despues vieron que los diez y nueve quedaron reducidos á siete, uno de ellos era el Imano; pero excepto éste y Lantenac, los demás estaban heridos; habia cinco heridos, pero aptos aun para el combate; éstos eran Chatenay, alias Robi; Guinoiseau, Hoisnard, alias Rama de Oro; Pimpollo de Amor y Grand-François. Los demás habian muerto.

Agotaron las municiones y las cartucheras estaban casi vacias. Contaron los cartuchos y vieron que no quedaban más que cuatro para los siete.

Conocieron entonces que ya no tenian otro remedio que sucumbir. Estaban acorralados á la orilla del precipicio, abierto y terrible; era imposible estar más cerca de sus bordes.

Entre tanto el ataque iba á comenzar y ya oian los culatazos que los sitiado-

res daban en la escalera, sondeándola escalon por escalon.

Los sitiados no podían huir. Por la biblioteca, seis cañones, colocados en la meseta y enfilados por aquella parte y con la mecha preparada, hacían imposible esa salida. Por las habitaciones superiores tampoco podían salir, porque terminaban en la plataforma y allí solo podían echarse de la torre abajo.

Los siete sobrevivientes de aquella facción épica se veían inexorablemente encerrados y cogidos dentro de aquel muro espeso, que al par que los protegía, los entregaba á sus enemigos.

El marqués levantó la voz y dijo:

—Amigos míos, todo ha concluido ya para nosotros.

Después de un momento de silencio añadió:

—Grand-Francœur, vuelve á ser el cura de Turmeau.

Todos se arrodillaron con el rosario en la mano.

El ruido de los culatazos de los sitiadores se iba acercando.

Grand-Francœur, lleno de sangre, que la hacía derramar un balazo que le rozó el cráneo, arrancándole cabello con parte de la piel, levantó con la mano derecha el crucifijo. El marqués, aunque era escéptico en el fondo de su corazón, puso en tierra una rodilla.

—Cada uno que confiese sus pecados, dijo Grand-Francœur. Comenzad, señor marqués.

—Me acuso de haber matado á mis semejantes, respondió Lantenac.

—Yo también, dijo Hoisnard.

—Y yo, dijo Guinoiseau.

—Y yo, repuso Pimpollo de Amor.

—Y yo, dijo Chatenay.

—Y yo, añadió el Imano.

Grand-Francœur continuó diciendo:

—Os absuelvo en nombre de la Santísima Trinidad; que vuestras almas vuelvan en paz al seno del Señor.

—Amén, respondieron todos.

El marqués se levantó y dijo:

—Ahora muramos.

—Y matemos, replicó el Imano.

Los culatazos empezaban á romper el cofre que obstruía la puerta.

—Pensad en Dios, dijo el cura; el mundo no existe ya para vosotros.

—Sí, añadió el marqués; vamos á llegar ya á la tumba.

Los realistas inclinaron la cabeza y se dieron golpes de pecho. Solo Lantenac y el sacerdote estaban de pie; los demás arrodillados y con la vista fija en el sue-

lo; el cura rezaba, los campesinos también; el marqués meditaba. Martillos golpeaban en el cofre, que sonaba lúgubremente.

En este instante, una voz clara y fuerte gritó detrás de los sitiados:

—Bien os lo decía yo, monseñor!

Todos volviéronse estupefactos.

Acababa de abrirse un agujero en la pared. Una piedra perfectamente enlazada con las otras, pero sin cemento, que tenía un pilón en la parte superior y otro en el inferior, giró sobre sí misma como un torniquete, y al girar abrió el muro. Dicha piedra, al moverse sobre su eje, descubrió dos aberturas, una á cada lado, y ofreció dos pasos, uno á la derecha y otro á la izquierda, estrechos, pero que por ellos podía pasar un hombre. Más allá de la inesperada puerta se distinguían los escalones de una escalera en espiral. Un hombre asomó por una de las aberturas.

El marqués conoció á Halmalo.

XII.

El salvador.

—¿Eres tú, Halmalo?

—Yo soy, señor; ya veis que las piedras giran y que existe la salida de que os hablé. Llegó á tiempo, pero daos prisa y dentro de diez minutos os encontrareis en medio del bosque.

—Dios es grande! exclamó el sacerdote.

—Salvaos, señor, gritaron todos.

—Primero vosotros, dijo Lantenac.

—Primero vos, señor, replicó el cura de Turmeau.

—No, yo el último, repitió el marqués, y añadió con voz grave:—No haya aquí lucha de generosidad; no tenemos tiempo para ser magnánimos. Estais heridos y quiero que vivais. Huid con rapidez, aprovechándoos de esta salida. Gracias, Halmalo.

—Vamos á separarnos, señor marqués? preguntó el clérigo.

—Cuando lleguemos bajo, sí; de aquí solo podemos escapar uno á uno.

—Nos designareis punto de reunión?

—Sí. Un claro del bosque que se llama la Piedra-Gauvain. Conoceis este sitio?

—Todos lo conocemos.

—Mañana al medio día estaré allí; los que puedan que acudan.

—Allí estaremos.

—Comenzaremos otra vez la guerra, repuso el marqués.

Entre tanto, Halmalo, apoyándose sobre la piedra giratoria, observó que no se movía. Era imposible cerrar la abertura.

—Señor, exclamó, apresurémonos, que la piedra se resiste, y aunque pude abrir, no voy á poder cerrar.

La piedra, por causa sin duda de su prolongada inmovilidad, estaba como anquilosada en su charnela y era imposible imprimirla movimiento.

—Monseñor, repuso Halmalo, creía poder cerrar el paso y que cuando entrasen aquí los azules no verían aquí á nadie, y no encontrándoos creerían que os habíais desvanecido como el humo. Pero la piedra no se quiere mover, y el enemigo verá este boquete de salida y os perseguirá por él. No perdamos, pues, un minuto. Pronto, todos á la escalera.

El Imano, poniendo una mano sobre el hombro de Halmalo, le preguntó:

—Camarada, ¿cuánto tiempo se necesita para que los que salgan por ahí estén seguros en el bosque?

—Hay alguno herido de gravedad? preguntó Halmalo á su vez.

—Ninguno, le respondieron.

—Pues entonces basta con un cuarto de hora.

—De modo, repuso el Imano, que si el enemigo no entra aquí hasta después de un cuarto de hora...

—Podrá perseguirnos, pero ya no nos alcanzará.

—Sí, pero antes de cinco minutos estarán aquí, contestó el marqués; ese cofre viejo no los detendrá mucho tiempo; con pocos culatazos más lo harán añicos. ¿Quién puede detenerlos un cuarto de hora?

—Yo, dijo el Imano.

—¿Tú?...

—Yo, señor marqués. Cinco de nosotros siete están heridos, pero yo no tengo ni un rasguño.

—Ni yo.

—Pero vos sois el jefe y yo soy el soldado, y eso es muy diferente.

—Ya lo sé; cada uno tenemos diferentes deberes que cumplir.

—Vos y yo, monseñor, tenemos el mismo deber, el de salvaros.

El Imano se volvió hacia sus compañeros y les dijo:

—Se trata, camaradas, de detener al enemigo y de retardar la persecución todo lo posible. Conservo yo todas mis fuerzas, porque no he perdido ni una sola gota de sangre, y por eso debo durar más tiempo que cualquiera de vosotros.

Marchaos todos, dejadme vuestras armas, y quedaré encargado de hacer buen uso de ellas y de detener al enemigo por lo menos media hora. ¿Cuántas pistolas hay cargadas?

—Cuatro.

—Dejadlas en el suelo.

El Imano fué obedecido inmediatamente.

—Pues bien; me quedo aquí, y cuando vengan esos señores encontrarán quien les reciba. Ahora huid lo más pronto que podais.

En semejantes situaciones se suprimen los agradecimientos. Apenas se estrecharon las manos.

—Hasta luego, dijo Lantenac al Imano.

—No, monseñor, porque probablemente moriré.

Penetraron uno tras otro por la estrecha escalera, empezando por los heridos. Mientras éstos bajaban, el marqués sacó de su cartera el lápiz y escribió un renglón en la piedra, que, como sabemos, no podía girar y dejaba abierta la salida.

—Vamos, monseñor; solo faltais vos, dijo Halmalo.

Este empezó á bajar; el marqués le siguió. El Imano se quedó solo.

XIII.

El verdugo.

De las cuatro pistolas que dejaron sobre las baldosas, porque aquella sala no tenía piso de madera, el Imano tomó dos, una en cada mano, y se adelantó oblicuamente hacia la entrada de la escalera, que tapaba y obstruía el cofre.

Los sitiadores indudablemente temían alguna sorpresa; alguna de esas explosiones finales que constituyen la catástrofe del vencedor al mismo tiempo que la del vencido; por eso su último ataque era lento y prudente, como impetuoso fué el primero. No pudieron ó no quisieron destruir de un golpe el obstáculo del cofre; poco á poco demolieron su fondo á culatazos y agujerearon la tapa con las bayonetas para examinar por los agujeros lo que pasaba en la sala antes de penetrar en ella. El resplandor de los faroles con que alumbraban la escalera pasaba al través de aquellos agujeros.

El Imano observó por uno de ellos los ojos de un soldado que le miraban; apuntóle con una de las pistolas y disparó. El Imano oyó con júbilo un grito horrible que respondió á su detonación. La bala penetró por el ojo y atravesó la cabeza